

aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle; y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Lleguéme por ver lo que había, y vi en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tanto leyes como caldos: un escribano, comiendo solo letras, que no había solo querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los

condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento, contando más duelos que dineros; un médico pensando en un orinal, y un boticario en una medicina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho quedar de tan triste sueño más alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vuecelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veó, las esperará como las digo.

## EL ALGUACIL ALGUACILADO (a).

### AL CONDE DE LEMOS, PRESIDENTE DE INDIAS.

BIEN sé que á los ojos de vuecelencia es más endemoniado el autor que el sugeto: si lo fuere también el discurso, habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras, que amparadas como de dueño, de vuecelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrezco este discurso del *Alguacil Alguacilado*: recíbase vuecelencia con la humanidad que me hace merced, así yo vea en su casa la sucesion que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido vuecelencia que los seis géneros de demonios que cuentan los supersticiosos y los hechiceros (los cuales por esta orden divide Psello en el capítulo 2.º del *Libro de los demonios*) (b) son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman

(a) Su primitivo nombre parece que fué *El alguacil endemoniado y el licenciado calabres*. Este licenciado, á quien de mano maestra pinta QUEVEDO, existió realmente. Llamábase don Genaro Andreini, era capellán del conde de Lemos, y asistía á la parroquia de San Pedro el Real de esta corte. Como viniese en peregrinacion á España con el propósito de visitar el sepulcro de Santiago, en la capital de Galicia le vió un deudo del Conde ahuyentar los demonios; cobróle afición, trájole á Madrid, y en breve el italiano logró fama de estupendo exorcista. Sus conjuros frecuentes y exagerados fanatizaron á la plebe, llegando los escándalos á tal punto, que el Santo Oficio tuvo por último que extrañarle de estos reinos (1).

Dirigió nuestro autor su discurso, escrito en 1607, al conde de Lemos, presidente de Indias: así resalta en los primeros ejemplares. Sin embargo, el código manuscrito, cuya antigüedad sube á los tiempos de Cervantes (joya preciosa que posee la biblioteca Colombina, Aa, 141-4, fol. 37), y otro de la Nacional (M. 198, fol. 53) le muestran dedicado al marqués de Villanueva del Fresno y Barcarota, señor de Moguer. Cuando en 1627 vió la pública luz el libro, proclamó al Presidente por Mecenas; mas dos años adelante reformó QUEVEDO la dedicatoria, enderezándola *A un amigo*. El derecho que á ella tuvieron, no podían ya disputarlo ni el Conde ni el Marqués, muertos ambos en 1622. Pero habiéndosela restituido al Conde el impresor Ibarra en 1772, hemos respetado la posesion en que hoy se encuentra aquel esclarecido ministro.

Esta obrita publicóse con solo el título de *El alguacil endemoniado*, juntamente con los demás sueños, en 1627; y mutilada en varios pasajes, y corregida en otros, se halla entre los *Juguete de la niñez* (1629) en cuya forma sirvió de original á las prensas de España y Flándes hasta fines del siglo anterior.

No hallo que antes de Ibarra hubiese otro impresor reproducido este sueño, libre en alguna parte de lo mucho que suprimieron los censores; y me ha parecido que debo conservar esta mejora, cuyas causas en la edicion de 1772 ignoro completamente, y supongo autorizadas por alguna de las dos ediciones de los *Juguete de la niñez*, publicados en 1629 y 1631 por DON FRANCISCO: ejemplares que hoy no se encuentran en las bibliotecas de que tengo noticia. Ya por las exigencias de la censura, ya por lo mucho que el escritor satírico retocaba sus obras, rara es la que una vez siquiera se reimprimió sin alteraciones.

Para fijar el texto nos han servido las ediciones siguientes: Pamplona, 1631; Barcelona, 1633; Madrid, 1648, 1630, 1638 y 1772; Bruselas, 1660; y otras ménos importantes, como asimismo los manuscritos arriba indicados.

Las figuras que entran en el sueño, y se ven oportunamente distribuidas al márgen en la edicion de Pamplona (1631), son estas, copiadas también las anotaciones por el mismo orden que tienen: «seis géneros de alguaciles malos son como seis géneros de demonios, hipócrita, poetas, poetas de comedias, procuradores, artillero, escribanos, sastre, ciego, enamorados, sepultureros, pasteleros, astrólogos, alquimistas, médicos, mercaderes, ministros malos, necios, aguador, taberneros, mohateros, venteros, enamorados, aduladores, cornudos, enamorados de viejas, pintura de los demonios, sastres, italiano, reyes, mercaderes, ginoveses, jueces, la justicia y la verdad, hurtar, alguaciles, mujeres, mujeres feas se condenan más que hermosas, mujer vieja, lindo y de zapatos blancos, pobres, diablo que predica y por qué.»

(b) *Ex Michale Psello de Daemonibus, interpres Marsilius Fecinus. — Venetiis, M.D.XVI.* El ejemplar que hemos tenido á la vista, de la biblioteca de San Isidro, se ve apostillado acaso por QUEVEDO. La letra se parece á la de sus juveniles años.

(1) Carta de QUEVEDO fecha en 1640. — Archivo de la Inquisicion. — Castellanos, notas de la edicion de Madrid de 1840.

leliureones, que quiere decir ígneos; los segundos, aéreos; los terceros, terrenos; los cuartos, acuáticos; los quintos, subterráneos; los sextos, lucifugos, que huyen de la luz. Los ígneos son los criminales que á sangre y á fuego persiguen los hombres; los aéreos son los soplonos, que dan viento; ácuos son los porteros que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua va*, fuera de tiempo; y son ácuos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucifugos, los rondadores que huyen de la luz, debiendo la luz huir dellos. Los subterráneos, que estan debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, y fiscales de honras y levantadores de falsos testimonios, que debajo de tierra sacan qué acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos.

### AL PIO LECTOR.

Y si fueres cruel, y no pio, perdona; que este epíteto natural del pollo has heredado de Eneas, de quien decienes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes no escriben, y estos merecen disculpa por haber callado, y alabanza por haberse conocido. Otros, que no comunican lo que saben: á estos se les ha de tener lástima de la condicion y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo por venir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: estos merecen reprehension, pues si la obra llega á manos de hombres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de si mismos? Y si del bueno, no importa, que ya saben todos que no lo entienden. Esta razon me animó á escribir el *Sueño de las calaveras*, y me permitió osadía para publicar este discurso: si le quieres leer, léele; y si no, déjale; que no hay pena para quien no le leyere. Si le empezares á leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadado. Solo he querido advertirte en la primera hoja que este papel es solo una reprehension de malos ministros de justicia, guardando el decoro que se debe á muchos que hay loables por virtud y nobleza, poniendo todo lo que en él hay debajo la correccion de la Iglesia romana y ministros de buenas costumbres.

### DISCURSO.

Fué el caso que entré en San Pedro á buscar al licenciado Calabres, hombre de bonete de tres altos hecho á modo de medio celemin; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos; puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, (1) mangas en escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra, y las manos en garfio; habla entre penitente y diciplinante, los ojos bajos y los pensamientos típles, la color á partes hendida y á partes quebrada, (2) muy tardon en las respuestas y abreviador en la mesa, (3) gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados (4). Hacia del desaliño humildad; contaba visiones, y si se descuidaban á creerle hacia milagros que me cansó.

Este, señor, era uno de los sepulcros hermosos,

(1) rosario en mano, disciplina en cinto, zapato grande y de ramplon, y oreja sorda; habla entre penitente y diciplinante, derribado el cuello al hombro, como el buen tirador que apunta al blanco (mayormente si es blanco de Méjico ó de Segovia); los ojos bajos y muy clavados en el suelo, como el que cudioioso busca en él cuartos; y los pensamientos típles, etc. (Edicion de Pamplona de 1631.)

(2) tardon en la misa y abreviador en la mesa; gran cazador de diablos, tanto que sustentaba el cuerpo á puros espíritus. (La misma y el MS. de la Biblioteca Colombina.)

(3) gran cazador de diablos, tanto que sustentaba el cuerpo á puros espíritus. (Id.)

(4) Trais en la capa remiendos sobre sano; hacia del desaliño etc. (Id.)

por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por dedentro pudricion y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era en buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma y fábula con voz. Halléle (5) solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos. «¿Qué es esto?» le pregunté espantado. Respondióme: «Un hombre endemoniado.» Y al punto el espíritu respondió: «No es hombre, sino alguacil. Mirad cómo habláis, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabeis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual, si quereis acertarme, debeis llamarme á mí demonio enaguacilado, y no á este alguacil endemoniado, y avensis mejor los hombres con nosotros que con ellos (6), si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer

(5) en la sacristía. (Edic. de Pamplona de 1631 y el MS. Colomb.)

(6) cuanto no se puede encarecer, pues nosotros huimos de la cruz y ellos la toman por instrumento para hacer mal. ¿Quién podrá negar que demonios y alguaciles no tenemos un mismo oficio? (Id.)

con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros, pues ellos hacen mal á hombres como ellos y á los de su género, y nosotros no (1). Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser menos que todos (2). Persuádetes que alguaciles y nosotros (3) somos de una profesion; sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno. Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabres, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer y no pudo, y al echarle agua bendita comenzó á huir y á dar voces diciendo: «Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua; no hay cosa que tanto aborrezca (4), pues si en su nombre se llama *alguacil*, es encajada una *l* en medio. Yo no traigo corchetes ni soplones ni escribanito; quítame la tara como al carbon, y hágase la cuenta entre mí y el agarrador. Y porque acabeis de conocer quién son y cuán poco tienen de cristianos, advertid que de pocos nombres que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos merinos, le han dejado por llamarse alguaciles, que alguacil es palabra morisca; y hacen bien, que conviene el nombre con la vida y ella con sus hechos.» «Eso es muy insolente cosa oírlo, dijo furioso mi licenciado, y si le damos licencia á este enredador, dirá otras mil bellas querías y mucho mal de la justicia, porque corrige el mundo y le quita con su temor y diligencia las almas que tiene negociadas.» «No lo hago por eso, replicó el diablo, sino porque ese es tu enemigo que es de tu oficio; y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé despues mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías.» «Yo te echaré hoy fuera, dijo Calabres, de lástima de ese hombre que aporreas por momentos y maltratas; que tus culpas no merecen piedad ni tu obstinación es capaz della.» «Pídeme albricias, respondió el diablo, si me sacas hoy; y advierte que estos golpes que le doy y lo que le aporreo no es sino que yo y él renimos acá sobre quién ha de estar en mejor lugar, y andamos á más diablo es él.» Acabó esto con una gran risada: corrióse mi buen licenciado, y determinóse á enmudecerle. Yo, que habia comenzado á gustar de las sutilezas del diablo, le pedí que, pues estábamos solos, y él, como mí (5) confidente, sabía mis cosas secretas, y yo, como amigo, las suyas, que le dejase hablar, apremiándole solo á que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hizose así, y

(1) que somos ángeles, aunque sin gracia. (Edic. de Pamplona y el MS. Colomb.)

(2) Así que, por demas te cansas, padre, en poner reliquias á este, pues no hay santo que si entra en sus manos no quede para ellas. (Id.)

(3) todos somos de una orden; sino que los alguaciles son diablos calzados, y nosotros diablos recoletos, que hacemos áspera vida en el infierno. (Edic. de 1634.)

(4) ahorrézcan los alguaciles, pues aun por no verla en su nombre, llamándose propiamente *alguaciles*, han encajado una *l* en medio, llamándose *alguaciles*. (MS. Colomb.)

(5) confesor, sabía etc. (Edic. de Pamplona.)

—(El tribunal de la justa venganza, pág. 125, llama la atención sobre esta especie de haber sido confesor de QUEVEDO el licenciado Andreini.)

al punto dijo: «Donde hay poetas, parientes tenemos en corte los diablos, y todos nos lo debeis por lo que en el infierno os sufrimos; que habeis hallado tan fácil modo de condenaros, que hierve todo él en poetas. Y hemos hecho una ensancha á su cuartel, y son tantos, que compiten en los votos y elecciones con los escribanos; y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas, porque hay quien le lleva de acá cartas de favor para ministros, y créese que ha de topar con Radamanto y pregunta por el Cerbero y Aqueronte, y no puede creer sino que se los esconden.» «¿Qué géneros de penas les dan á los poetas?» repliqué yo. «Muchas, dijo, y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros, y á los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil años de infierno y aun no acaba de leer unas endechillas á los celos; otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre si dirá faz ó cara. Cuál para hallar un consonante no hay cerco en el infierno que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y más mal lugar tienen son algunos poetas de comedias, por las muchas reinas que han hecho (6), las infantas de Bretaña que han deshonrado, los casamientos desiguales que han efetuado en los fines de las comedias, y los palos que han dado á muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demas, sino que por cuanto tratan de hacer enredos y marañas, se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que solo trata deso. Y en el infierno están todos aposentados así; que un artillero que bajó allá el otro día, queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que habia tenido dijese que hacer tiros en el mundo, fué remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre, porque dijo que habia vivido de cortar de vestir, fué aposentado con los maldicientes. Un ciego, que quiso encajarse con los poetas, fué llevado á los enamorados por serlo todos (7). Los que venian por el camino de los locos ponemos con los astrólogos, y á los por mentecatos con los alquimistas. Uno vino por unas muertes, y está con los médicos. Los mercaderes que se condenan por vender están con Júdas. Los malos ministros, por lo que han tomado alojan con el mal ladrón. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo habia vendido agua fria fué llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres días há, y dijo que él se condenaba por haber vendido gato por liebre, y pusimoslo de piés con los venteros, que dan lo mismo. Al fin, el infierno está repartido en estas partes.» «Oíte decir ántes de los enamorados, y por ser cosa que á mí me toca, gustaria saber si hay muchos.» «Mancha es la de los enamorados, respondió, que lo toma todo, porque todos lo son de sí mismos; algunos de sus dineros, otros de sus palabras, otros de sus obras, y algunos de las mujeres; y destes postreros hay menos que de todos en el infierno, porque las mujeres son tales, que con ruindades, con malos tratos y peores corres-

(6) adúlteras. (MS. Colomb.)

(7) Otro que dijo que enterraba difuntos, fué acomodado con los pasteleros. Los que vienen por locos, ponémoslos con los astrólogos.... (Id.)

pondencias les dan ocasiones de arrepentimiento cada día á los hombres. Como digo, hay pocos destes, pero buenos y de entretenimiento, si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados y en deseos se van por la posta al infierno, sin saber cómo ni cuándo ni de qué manera. Hay amantes alacayuelos que arden llenos de cintas; otros ermitos como cometas, llenos de cabellos; y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas ahorran veinte años de leña á la fábrica de la casa, abrasándose lardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas enamorados de doncellas, con las bocas abiertas y las manos extendidas. Destos unos se condenaban por tocar sin tocar pieza, hechos bufones de los otros, siempre en visperas del contento, sin tener jamas el día, y con solo el título de pretendientes (1). Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustos sin poderlos descubrir. Detras de estos en una mazmorra están los aduladores: estos son los que mejor viven y peor lo pasan, pues otros les sustentan la cabalgadura y ellos la gozan. «Gente es esta, dije yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera.» (2) «Abajo en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de rastro (quiero decir, cuernos) están los que acá llamamos cornudos (a), gente que aun en el infierno no pierde la paciencia; que como la llevan hecha á prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa les espanta. Trás ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas; que los diablos, de hombres de tan mal gusto aun no pensamos que estamos seguros; y si no estuviesen con prisiones, Barrabas aun no tendria bien guardadas las asentaderas, dellos; y tales como somos les parecemos blancos y rubios. Lo primero que con estos se hace es condenarles la lujuria y su herramienta á perpetua cárcel. Mas dejando estos, os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que haceis de nosotros, pintándonos con garras sin ser aguiluchos; con colas, no habiendo diablos rabones; con cuernos, no siendo casados; y mal barbados siempre, habiendo

(1) Están á su lado los que han querido doncellas y se han condenado por el beso como Júdas, brujuleando siempre los gustos. (MS. Colomb.)

(2) En un sitio apartado están los curas y los frailes, pollillas de los casados, martirio de los solteros, y perseguidores, á trueque de indulgencias mentidas, de toda mujer de belleza en rostro ó de ocultas gracias, aun cuando la rodee la toca, la guarde el velo, y la defienda fuerte reja, que todo cede al poder de su corona sin ser reyes. (MS. antiguo que poseyó don José Muso y Valiente, citado por Castellanos, edición de 1840, pág. 387.)

(a) Es curiosa la siguiente noticia: «De cuernos se dijo *cornudo*, y de *cornudo* han derivado los de Madrid entre nuestras casadas, en cierta lengua que ha descubierto el marqués del Valle, que tiene en Nueva-España un muy buen valle y lugar que llaman Cuerna-vaca, con el cual se vió un pleito con uno de los mayores cornudos que hay de aquí allá, y creo para mí que el mejor derecho que este tenia al lugar eran sus propios cuernos, puesto que parecia disparate á quien no sabia tan bien como yo esta historia. Bastaria que el Marqués se quiso concertar con él y darle la mitad del lugar con este partido: que pues el lugar se llamaba Cuerna-vaca, él tomase para sí los cuernos, y para el Marqués la vaca. Y contentárase de la partición el pobre gentilhomme, sino que su mujer jamás lo quiso consentir, ni se pudo acabar con ella, diciendo que cuernos por cuernos Valladolid en Castilla, y que por la vaca lo habia ella, que no por los cuernos, teniendo los sembrados por su casa.» Paradoxa.—Trata que no solamente no es cosa mala, dañosa ni vergonzosa ser un hombre cornudo, mas que los cuernos son buenos, honrosos y provechosos. — (Biblioteca Colombina Aa, 141, 4, folio 89.)

El autor siguió los ejercicios del emperador Carlos V.

diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad esto, que poco ha que fué Jerónimo Bosco allá, y preguntándole por qué habia hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños, dijo: «Porque no habia creído nunca que habia demonios de véras.» Lo otro y lo que más sentimos es, que hablando comunmente soleis decir: «Miren el diablo del sastre, ó diablo es el sastrecillo.» A sastres nos comparais, que damos leña con ellos al infierno, y aun nos hacemos de rogar para recibirlos; que si no es la póliza de quinientos, nunca hacemos recibo, por no malvezarlos y que ellos no aleguen posesion: *Quoniam consuetudo est altera lex*; y como tienen posesion en el hurtar y quebrantar las fiestas, fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes como si fuesen de casa. Tambien nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo; y en enfadándoos algo, luego decís: «Pues el diablo te lleve.» Pues advertid que son más los que se van allá que los que traemos; que no de todo hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo, y no le toma el diablo, porque hay algun mal trapillo que no le tomará el diablo. Dais al diablo un italiano, y no le toma el diablo, porque hay italiano que tomará al diablo: y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene, digo, nos tenemos. «¿Hay reyes en el infierno?» le pregunté yo; y satisfizo á mi duda diciendo: «Todo el infierno es figuras, y hay muchos de los gentiles, porque el poder, libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio, y llegan los vicios á su extremo; y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza puestos á dioses, quieren valer punto ménos y parecerlo; y tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan; porque uno se condena por la crueldad, y matando y destruyendo es una guadaña coronada de vicios y una peste real de sus reinos; otros se pierden por la cudecia, haciendo almacenes de sus villas y ciudades á fuerza de grandes pechos, que en vez de criar desustancian; y otros se van al infierno por terceras personas y se condenan por poderes, fiándose de infames ministros; y es dolor verlos penar, porque como bozales en trabajo se les dobla el dolor con cualquier cosa. Solo tienen bueno los reyes que, como es gente honrada, nunca vienen solos, sino con punta de dos ó tres privados, y á veces el encaje, y se traen todo el reino trás sí, pues todos se gobiernan por ellos (3), aunque privado y rey es más penitencia que oficio, y más carga que gozo; ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado, pues de ella nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores, y estos tormentos los califican para el descanso (4). Los malos

(3) Dichosos vosotros, españoles, que sin merecerlo sois vasallos y gobernados por un rey tan vigilante y católico, á enya imitacion os vais al cielo, y esto si haceis buenas obras (y no entendais por ellas palacios suntuosos; que estos á Dios son enfadados, pues vemos nació en Belen en un portal destruido), no cual otros malos reyes, que se van al infierno por el camino real, etc. (Edic. de Pamplona, 1634.)

(4) Allá tenemos un rey que hace poco llegó de acá, y si no fuera porque su mujer y un hijo que nos mandó ántes, le atormentan, arañándole por asesino de sus vidas, lo pasara bien; porque en el tiempo que reinó en el mundo nos llenó el infierno de leña y de diablos ya amaestrados en el oficio. Mozo fué recomendado por él, que enciende el mayor hornillo de un soplo, y que á una vuelta de pala echa á la caldera un centenar de inquisidores. A estos les pesa más por ser del oficio, y nosotros les damos más con que seguir allá

reyes se van al infierno por el camino real, y los mercaderes por el de la plata.» «¿Quién te mete ahora con los mercaderes?» dijo Calabres. «Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos y ahitos, y aun los vomitamos: vienen allá á millares, condenándose en castellano y en guarismo (1); y habeis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta, no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuándo hablan á lo negociante ó cuándo á lo deshonesto. Hombre destos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganará con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces que acá los permitieron.»

«¿Luego algunos jueces hay allá?» «¡Pues no! dijo el espíritu: los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da á los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada día. De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro.» «¿También querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde á los dioses?» «Y ¿cómo que no hay justicia! Pues ¿no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo? Pues por sí no lo sabes, te lo quiero contar.»

Vinieron la verdad y la justicia á la tierra: la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra rogando á todos; y viendo que no hacían caso della y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fué á las aldeas de villanos, donde por algunos días, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era; y ella, que no sabe mentir, decía que la justicia. Respondíanle todos: «Justicia, y no por mi casa; vaya por otra»; y así no entraba en ninguna: subióse al cielo, y apenas dejó acá pisadas. Los hombres, que esto vieron, bautizaron con su nombre algunas varas que arden muy bien allá, y acá solo tienen nombre de justicia (2) ellas

el ejercicio que aquí tuvieron. (MS. de *Muso y Valiente, ya citado*).  
—(Cuando la censura no consintió que este párrafo corriese, hubo de recelar que alguien pudiera ver aludidos en él á Felipe II, á su mujer doña Isabel de la Paz, al príncipe don Carlos y al cardenal Espinosa.)

(1) Mas almas nos ha dado Bisanzon y Plasencia que Mahoma. (MS. Colomb.)

(2) Los que la tienen. Y es de manera que tornó á bajar en Cristo después, y la justicia de acá la hizo de ella; porque hay

y los que las traen; porque hay muchos destos en quien la vara hurta más que el ladrón con ganza y llave falsa y escala. Y habeis de advertir que la codicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió las unas para vivir y las otras para vivir bien. ¿No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? No hurta con el entendimiento el letrado que le da malo y torcido á la ley? No hurta con la memoria el representante que nos lleva el tiempo? No hurta el amor con los ojos, el discreto con la boca, el poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos, el valiente con las manos, el músico con los dedos, el gitano y cicatero con las uñas, el médico con la muerte, el boticario con la salud, el astrólogo con el cielo? Y al fin, cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los pies, ase con las manos y atestigua con la boca; y al fin, son tales los alguaciles, que dellos y de nosotros defienden á los hombres pocas cosas.»

«Espántome, dije yo, de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres, pues son de casa.» «No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados y cansados; y á no haber tantas allá, no era muy mala habitación el infierno; y diéramos por que enviudáramos en el infierno mucho; que como se urden enredos y ellas desde que murió Medusa la hechicera no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas por la cual se puede tratar con ellas, que como están desesperadas, no piden nada.» «¿De cuáles se condenan más, feas ó hermosas?» «Feas, dijo al instante, seis veces más, porque los pecados para aborrecerlos no es menester más que cometerlos; y las hermosas, que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse y arrepíentense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres; y despues que se usan ojinegras y cariaquileñas, hierve el infierno en blancas y rubias, y en viejas más que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas espiran gruñendo. El otro día llevé yo una de setenta años que comia barro y hacia ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que las tenía; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas, y arada la frente, huía de los ratones y traía galas, pensando agradarnos á nosotros: pusimosla allá por tormento al lado de un lindo destos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos.» «En todo esto estoy bien, le dije; solo querría saber si hay en el infierno muchos pobres.» «¿Qué es pobres?» replicó. «El hombre, dije yo, que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.» «¿Hablará yo para mañana! dijo el diablo: si lo que condena á los hombres es lo

muchos destos en quien la vara hurta más que el ladrón. (MS. Colomb.)

—(De esta proposición germinó luego la excelente obra de Quevedo, *Política de Dios y gobierno de Cristo*, que ponemos al frente de todas las suyas.)

que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis, porque aun diablos les faltan á los pobres; y á veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulator, como un envidioso, como un amigo falso, y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al día, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente y aguarda todo lo por venir como todos ellos?» «Cuando el diablo predica el mundo se acaba. Pues ¿cómo siendo tú padre de la mentira, dijo Calabres, dices cosas que bastan á convertir una piedra?» «¿Cómo? respondió: por hacerlos

mal y que no podais decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento; y de las más se deben las gracias al pecado, que os harta ó cansa, y no á la voluntad que por malo le aborrezca.» «Mientes, dijo Calabres; que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido; y en pena saldrás hoy de este hombre.» Apremióle á que callase, y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

Vuecelencia con curiosa atención mire esto y no mire á quien lo dijo; que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua (1).

(1) En la quijada de un león hay miel, y el salmo dice que á veces recibimos *salutem ex inimicis nostris et de manu qui oderunt nos.* (MS. Colomb.)

## LAS ZAHURDAS DE PLUTON (a).

### CARTA A UN AMIGO SUYO.

Envío á vuesa merced este discurso tercero al *Sueño* y al *Alguacil*, donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algún

(a) Antes *Sueño del Infierno*.

«Acabé este discurso en el Fresno á postrero de abril de 1608, en 28 de mi edad», imprimió constantemente el autor al fin del presente discurso.»

«D. FRANCISCO acabó de escribir este *Sueño* el 17 de marzo de 1608 en el Fresno, y se le leyó, despues de comer con él, al conde de Lemos, en mayo siguiente en Madrid», dice una nota que me ha franqueado el señor Castellanos, juzgándola de letra del sobrino de Quevedo don Pedro Aldrete. No puede la fecha que estampa el sobrino desvirtuar la del tío, mientras no parezcan mayores pruebas. Sin embargo, la especie indudable de que este leyó su obra al presidente de Indias me hace conjeturar que el amigo á quien va dirigida la carta dedicatoria es Lupericio Leonardo de Argensola, que á la sazón vivía en Zaragoza entregado al estudio y á los placeres del campo, ocupado en escribir los *Anales de Aragón*, y á quien poco despues el conde de Lemos llevó á Nápoles de secretario del vireinato. La carta pudo tener el fin de interesar á Argensola para que desvaneciese alguna prevención hecha nacer en el Conde por los emulos y envidiosos de QUEVEDO, y preparar la lectura de sobremesa que refiere Aldrete y oyó tal vez como un gran triunfo referir á su tío.

El mismo señor Castellanos me ha facilitado copia de otra carta, que dice vió original escrita por un tal Andres Lopez, desde la villa del Fresno, partido de Alcalá de Henáres, á 6 de marzo de 1608, en que se leen las siguientes curiosas noticias.

«DON FRANCISCO DE QUEVEDO es un diablo: ya está mejor de sus dolores, y nos hace tan buena compañía que no nos vamos á encontrar bien sin este señor. Dice que se irá la semana que viene, y nosotros estamos haciendo con su tío y primos por que pase aquí mas días... También ha compuesto un cuento en que hablan los condenados en el infierno, en el que no deja mozo, ni feo, ni mujer, ni á nadie á quien no pegue zurra. En fin, tiene todo el pueblo revuelto el buen don FRANCISCO, y hasta los muchachos le piden coplas; pero la tía Marta, la madre de don Pablitos (1), y otras viejas dicen que está condenado, y que por eso sabe lo que pasa en los infiernos. El se rie mucho con ellas y las cuenta tantas mentiras del diablo, que le hacen la cruz y dicen que sino se va de aquí va á mandarnos Dios un castigo.»

El *Sueño del Infierno*, conocido desde 1629 con el nombre de *Las zahurdas de Pluton*, es quizá uno de los mas grandes esfuerzos del humano ingenio.  
Véanse las figuras y asuntos que le componen, segun se notan al márgen en la edición de 1631:  
«Camino del cielo, camino del infierno, taberneros, hipócritas, ricos, pobres, discretos, necios, negociantes, reyes, eclesiásticos, soldados, seguir la virtud, mujeres interesadas, sastres, libreros, cocheros, bufones, truhanes y juglares, chocarreros, aduladores, marido que vende su mujer, mujer pública, faranduleros, zapateros, pasteleseros, corchetes y alguaciles, mercader, plateros y buhoneros, caballero hidalgo y noble, honra mundana, valentía, capitanes, caballero, dueñas, padres que dejan ricos á sus hijos, necios que dicen: *Oh quién hubiera!* los que abusan de la misericordia de Dios, tintureros, cornudos, sodomitas, viejas, muertos de repente; nadie muere de repente, que todo es avisos de la muerte; boticarios, barberos, zurdos, mujeres feas y que se pintan, memoria del bien per-

(1) Capellán de la Virgen, contra quien escribió el soneto que comienza:

Erase un hombre á una nariz pegado.